



ILIA
GALÁN
LA CRUZ
DORADA

Prólogo de
José Jiménez Lozano

Epílogo de
José Manuel Suárez

LA CRUZ DORADA

Ilia Galán

LA CRUZ DORADA

ARS  POETICA

Ilia Galán

LA CRUZ DORADA

Prólogo de
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Epílogo de
JOSÉ MANUEL SUÁREZ

colección

| CARPE DIEM |

ARS  POETICA
boutique de poésie

La cruz dorada
Ilia Galán

Colección: CARPE DIEM

© 2017 Ilia Galán
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Mieres de Limanes, 17
33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 044 471
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: marzo, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-946787-4-5
ISBN (edición digital): 978-84-946787-5-2
Depósito Legal: AS 00341-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

VERSOS PARA DESPUÉS DE TODAS LAS RUINAS

Robert Frost, que sabe o ayuda a saber cuando lo leemos, afirma que la poesía es un territorio en el que se entra con placer y se sale con sabiduría, y por eso estamos seguros de que hemos estado en él; pero que la inteligencia ordene la armonía misma de la poesía es otro asunto, referido a Thomas S. Eliot, desconcertaba un tanto Jorge Santayana. Hablaba de «eliotismos» para indicar su particularidad de relámpagos de un saber paradójico, y algo similar nos ocurre con este libro de poemas, *La cruz dorada*, de Iliá Galán que, además, a esta hora de todas las posteridades y ruinas o crisis de casi todo y, desde luego, de lo religioso, se nos ofrece tranquilo y al menos nos asegura que hay poesía, como también decía Frost acerca del poema que lo primero

de un poema es que exista. Y en *La cruz dorada* existe, y tranquilamente, además, con ese título.

Pero el poeta hace poesía, no emite discurso alguno sobre crisis o posteridades; no alaba ni se duele o nos enfrenta a la plenitud o al vacío o a la devastación y al desierto y fin de todo, o a un nihilismo alegre y confiado, sino que invoca tranquilamente el universo religioso, la santidad del ser y del sentido, y este universo acude y se instala también tranquilamente en su poesía, como acudía a la de Lionel Johnson, cuyo recuerdo de su poema sobre la iglesia abandonada me ha asaltado.

Y tampoco es que éstos ni otros poemas de Ilia Galán ofrezcan semejanza a la manera de Eliot, desde luego, sino como celebración e incluso celebración cristiana — y en este sentido diría que nada religiosa ni mística— y va mucho más allá o se queda mucho más acá de las indeterminaciones, oscuras y experiencias numéricas o misticismos de Rilke, de quien nos dice que sería algo cómplice, aunque por mi parte, diría que este libro de *La cruz dorada* u otros poemas del autor es mucho más diáfano y lleno de esa claridad y armónica razón que también Santayana reclamaba para la cultura que él llamaba, como un todo en bloque, helénica, católica y racionalista del viejo Occidente:

No olvides, Constantinópolis,
tu resplandor de oro ni los iconos

que modelaron las mentes de tus fieles,
ni la cruz que te hizo grande atravesando
los siglos con sus clavos de cariño.

Y no sé si estos versos, firmados en Malta, no tratan de decirnos simplemente que quien hace el poema está dispuesto a recoger el esplendor o la ignominia pero también entonces la piedad y, desde luego, la hermosura del pasado, en una especie de «Veni, Creator», pero pienso que sí, a tenor de estos otros versos:

Al derrumbarse mis glorias olvidadas,
el Espíritu del Santo vuela hacia mí
y en mi cabeza se posa

Y es claro que no es un himno de Iglesia esta invocación, pero sí es eco de una cultura cristiana y concretamente helénica, católica, y racionalizada, de la que acabo de decir que hablaba Jorge Santayana para reclamarse de ella tras las murallas de Ávila, y también ante algunas ruinas, aunque Santayana ahí se refugia del hostigo de su tiempo asido a aquel otro en el que aquellas ruinas se alzaban, mientras que no hay nada de esto en lo que se dice en este poema de *La cruz dorada*, escrito junto a una vieja y derruida abadía cercana a Oxford en 2007:

No deja de mostrar su ruidosa presencia
la autopista, ciega tras los árboles,

muchos viajes hacia ninguna parte,
todos hacia la muerte,
esperando la Luz otra donde habite
eterna la belleza.

No dicen más de lo que dicen estos versos, como es necesario que los versos, incluso si nos traspasan el ánimo, no digan, ni presientan, ni deploren, y solamente expresen la realidad neta, esto es: el significado y la belleza, si los encontraran. Porque es entonces cuando la flecha de esos versos sin símbolo, ni comparación ni metáfora, nos da en pleno corazón. Y acabamos viendo alguna luz muy clara y afilada.

José JIMÉNEZ LOZANO
Premio Cervantes 2002

INTROITO

Ridículos y patéticos son a menudo los cantos que los piadosos labios recitan en las iglesias nuestras para el poeta que cuida mucho y mima el significado de las letras. Pero hay buenos poemas que con poderosas palabras resuenan, y no sólo hay grandes poetas místicos en muchas religiones y en especial en el cristianismo, como Ramón Llull, San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, o, en otros tiempos más cercanos, Quevedo, Lope de Vega o Góngora, entre otros, y los hay modernos, pues tenemos poesía piadosa de Amado Nervo o Unamuno, de Luis Alberto de Cuenca y otros muchos. También la hay de poderosos y deslumbrantes autores extranjeros y lejanos, como Novalis, a quienes los luteranos cantan en sus templos. Así que si sólo se hacen plegarias con Salmos Bíblicos, el *Adoro te devote* o el *Pange lingua* de

Santo Tomás de Aquino, y poco más, no es porque haya pocos poetas religiosos del pasado o porque sean escasos en nuestro tiempo, sino porque no hay interés en ello. Así que, lector querido, no queda apenas esperanza de que algún día pueda ser cantado bajo la cúpula del Vaticano ni en las catedrales recitado el verso aquí forjado, no creo que vea en las plegarias de las ancianas con labios ajados mi verbo recitado. Pero si ofrezco esta rareza es porque así hago mi ofrenda poética, después de *Ars Sacra*, tal vez mi mejor libro de poemas. Aquí el texto es más cristiano y tal vez católico, universal, pero crudo a veces, y retorcido como los sarmientos ante el invierno frío o bajo el fuego que los consume, después de haber bebido su vino. No soporto oraciones dulzonas y sonrosadas como los glúteos de un recién nacido, pues junto a su ternura, los pañales sucios asoman. Tampoco los lugares comunes, resobados, relamidos, tan superlativos, que quedan en mi alma muy disminuidos. Partidario más bien soy de tratar a Dios como padre, de tú a tú, con el orgullo de ser príncipe, hijo del Rey de los universos, y quedarme tan campante por campiñas deleitándome con los cantos de todas las aves. Aquí entrego mi plegaria, tal vez demasiado mía, demasiado impregnada del sujeto que la entona, pero que no creo tan inútil o torpe como para que otros no puedan gustarlas, incluyendo a mis queridos hermanos

anticlericales, escépticos, agnósticos o ateos, pues en lo humano todos nos encontramos y en el verbo intentamos comprendernos.

EL AUTOR, en Oxford a 17 de febrero de 2017

MATER

Italia, Asís, 17 de julio de 2006, frente a la iglesia construida en el templo romano, Santa María Sopra Minerva, Plaza del Ayuntamiento.

Humilde señora,
manos bondadosas, maternas, ojos de verdad bella,
asienta su nombre sobre el templo
de la vieja diosa, sabiduría,
y la lechuza que la noche vigila
mira al fondo del horizonte para ver aparecer el día
en el corazón de los filósofos.
Tres minutos después, hacia lo alto
del campanario gira la cabeza
donde hoy resuenan nítidas y
broncíneas llamadas nuevas
para alzar el alma y entrar
en el sagrado reino
de los más sencillos
que sufren, buscan y aman
el fecundo seno y de su miel se nutren
entre sus pechos, suave leche
del más profundo saber del mundo:
cariños tiernos, Amor, con cuerpo de niño,
para el Hijo predilecto de los hijos
que llega y queda
como un beso eterno.

Oxford, St. Mary the Virgin, 2 de septiembre de 2007.

Sentado, después de engullir la Belleza,
el frío me devora con tenedores de plata
pero en mí no entra
y de sus fauces me escapo,
masticado en la tibieza.

En la puerta de la universitaria iglesia,
junto a la célebre biblioteca de las lenguas más infinitas,
y el comedor de *Todos los Santos* a un lado,
paladeo lamiendo con mi alma
las columnas corintias de piedra
y medievales los arcos góticos.
Unas vidrieras del Sol su luz me leen
y escucho en las pinturas, escudos y esculturas
que me vomitan ríos de símbolos con la lluvia
mientras en torno a mis palabras
morán apacibles las tumbas
sobre las que tomamos té por la tarde
y un niño, ríe, jugando.

Otros, ya difuntos, en este jardín lloraron,
en pradera el cementerio transformado
con alegres presentimientos y flores de San Antonio.

Buscamos el saber que sonriente se nos esconde
detrás de cada cosa, detrás de cada hierba.

El amor del Astro Rey anhelamos en un abrazo,
sobre grises nubes aposentado,
nuestra memoria iluminando,
y el futuro incendiado buscamos
con esperanzas al vuelo germinando
entre umbrales innumerables, sin ocaso.

Buscamos, a veces sin movernos, la puerta
abierta del cielo
detrás de un frondoso árbol centenario
que filtra la mañana y sus hojas mueve
escribiéndolas hoy para nosotros,
cerca de un palacio, o quizás mejor,
en un establo y, en algunas ocasiones,
encontramos.

*Bizancio, Constantinopla, 5 de agosto de 2011,
entre las murallas del parque, en el gran palacio.*

Arrancados los mosaicos,
queda la sonrisa de la Virgen,
la madre eterna de los hombres
y del Dios crucificado
que nos ama saboreando
las locuras del Infinito.

Los esplendores de esta ciudad de ciudades
se desnudan en el antiguo monasterio;
otros los destruían y tapaban
con pecados de cal fría y húmeda,
odios planos.

No olvides, *Constantinópolis*,
tu esplendor de oro ni los iconos
que modelaron las mentes de tus fieles,
ni la cruz que te hizo grande atravesando
los siglos con sus clavos de cariño.

Pinta mejor a Dios en tu corazón
para amar a los hombres todos, desdibujándolos,
perfilándolos con pinceles nuevos.
Las líneas y los colores de las brillantes
piedras no pueden imaginar siquiera
las maravillas eternas que sobre el tiempo
gotean.

Una mujer amada, tumbada a mi lado,
sobre las flores, entre la hierba fresca
los poemas lee y, los cabellos rizados al viento,
mece nuestras oraciones
en su palpitado seno,
amamantándolas con besos
mientras teje hacia el Pantocrátor,
conmigo, más allá de las ventanas,
las nubes desangradas,
inmensas las estrellas siempre blancas.

¡Las copas del gran vino de la vida
libamos y las alzamos
con alabanza!